



MANUEL ROJAS, AL PASAR

Por estos días recordamos el centenario del nacimiento del novelista Manuel Rojas (1896), de la mejor manera que es posible recordar a un escritor de los más grandes que ha producido Chile, es decir editando y publicando su obra, en un país como éste, o quizás en un mundo como el de nuestros días, tan proclive al olvido y al desprecio irresponsable.

¿Qué decir del gran escritor, quienes tuvimos la suerte de contar con él como maestro en el taller de creación literaria de la Fundación Luis Alberto Heiremans?

Era un hombre que parecía distante, porque sus afectos los llevaba como un tesoro en su corazón y no los exponía con facilidad en cualquier terreno. Era un hombre quizás cansado aquel año 1969, de quien nunca supimos los integrantes del taller si a ratos largos dormía durante las sesiones, si sencillamente se concentraba con exageración casi mística en las parrafadas vacilantes que estábamos leyendo, o era que pensaba intensamente en su próxima novela. Lo cierto es que, abruptamente, despertaba enderezando su cuerpo como un relámpago de alerta, y rompía el silencio para en seguida reaccionar comentando con rudeza el texto que en aquel momento alguien leía. Luego, volvía a sumirse en el sueño, o en su concentración con un sigilo tan eficaz que sólo mucho después lográbamos advertir. Permanecía quieto, sosteniendo su cabeza firmemente, con una mano enorme, el cuerpo inclinado plácidamente hacia atrás en el sillón. Éramos diez alumnos, y pronto fuimos nueve. Una tarde, el maestro regresó a la vigilia en el momento justo que leía un médico cuyo nombre ahora no recuerdo. Fue tan brutal el choque que produjo el encuentro de su enseñanza con la realidad mediocre de la lectura que desarrollaba el médico, que el maestro no pudo dejar de reaccionar con irritación inmisericorde. Desde entonces fuimos nueve los que continuamos hasta el final. Porque Manuel Rojas era un hombre profundamente comprometido con el rigor del trabajo literario y comprometido con las palabras, aquellas que llevan su significado en completa desnudez, sin adornos, tan sólo con la cruda semántica de su origen. Tal vez este culto a lo natural lo hacía desconfiar con absoluta obsesión de los hombres que usaban perfume. ¿Qué habría dicho hoy de los que llevan aretes, o turbantes con bellísimas flores estampadas?

Su cuerpo tenía el tamaño impresionante de los monumentos, y en él contemplábamos la figuración de un Dios, un Dios que de vez en cuando bajaba a la tierra para leernos fragmentos de su próxima novela que la Editorial Sudamericana prometía editar y que nosotros, en un acto de humano desafío intentábamos criticar ácidamente, para sembrar en él las mismas dudas que teníamos nosotros de nuestra obra incipiente. Pero todo era inútil. No podíamos encontrar nada negativo en «La oscura vida radiante», novela que publicaría más tarde, en 1971, en aquella editorial a la cual todos sonábamos con llegar algún día de la mano del maestro, cuando entonces era la empresa de libros más formidable del continente, la editorial de la consagración.

En noviembre último, cuando empecé un taller de lectura y creación literaria en el penal Colina I, seleccioné catorce cuentos de la literatura universal, para leerlos con los internos. La mayoría de mis veintiocho alumnos, jamás habían leído ni la más pequeña obra literaria, y por lo menos tres de ellos dejaron el analfabetismo en el penal. Elegí, para iniciarlos en la práctica de la lectura el cuento «El vaso de leche», por muchos motivos: porque era un cuento ameno, con una tensión elocuente. El personaje, es un muchacho desamparado, hambriento de pan y hambriento de afecto; y es un personaje solitario, pero también lo es Aniceto Hevia de «El hijo de ladrón». El protagonista de «El vaso de leche» que posee orgullo y nobleza a pesar de la miseria en que vive, un personaje que presenta exteriormente su inmadurez biológica, pero que ha vivido, sin embargo, muchos años más que los que acusan sus papales, hecho repetido en las vidas de la inmensa mayoría de los internos reclusos en los penales del país, que no tienen ni una pizca de infancia que recordar, porque los hechos los pusieron sin la

Manuel Rojas, al pasar [artículo] Fernando Jerez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Jerez, Fernando, 1937-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Rojas, al pasar [artículo] Fernando Jerez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile